

Y se volvió para pedir socorro á la señora Bianchini; pero ésta se había acercado á un círculo, donde Geri, hijo, riendo, pero echando bilis por los ojos, ponía en burla y solfa el Estado colectivista.

—... Y así tendremos el Estado albañil..., herrero, zapatero, campesino, tejedor, estampador y empresario de ómnibus y tranvías. La Deuda pública será transformada en *títulos de consumo*, y, por el contrario, en vez de moneda, tendremos «bonos de trabajo». Y así como el valor de las cosas no será ya determinado más que por el tiempo necesario para hacerlas, así veremos que no se comprará ya, por ejemplo, un gabán de 100 pesetas, sino de 100 horas. Se comprarán tres cuartos de hora de jabón, un cuarto de hora de zapatos, y cinco minutos de fósforos; y las fatigas más penosas, siendo las mejor retribuidas, equivaldrán á una hora de trabajo, dos horas de lección de un profesor de Literatura. Y ya se acabó la propiedad individual. Cada italiano será propietario de treinta millonésima parte de la propiedad nacional. Ya no habrá ni mercado, ni Bolsa, ni alquileres de casa, ni lujo, ni criados, ni domésticas, la cocina será una institución social...

El auditorio reía, pero él se calló, viendo acercarse á Alberto que le había escuchado, y ambos se miraron con sonrisa sarcástica.

La Sra. Bianchini evitó el encuentro, empujando á su hijo y diciéndole en voz baja:

—Pero ¿dónde tienes la cabeza? ¿En qué laberintos te metes? ¡El Comendador está indignado! No vuelvas á empezar. ¡Válgame Dios! En qué cosa se ha convertido nuestra casa.

Alberto no respondió. Tenía todavía un peso sobre su corazón, una necesidad excitante de lucha y de deseos de desahogarse, estimulado también por el estado de excitación en que se encontraban todos los contentulios. Uno de los más excitados era Morretti, que arrinconaba ora á uno ora á otro, sucesivamente, para exponerle sus proyectos, mediante los cuales se resolvía la gran cuestión. Habiéndose escapado el Sr. Bianchini, que tenía en la cabeza muy otras cosas, aferró al Sr. Luzzi para comunicarle una nueva idea: fundir todas juntas las sociedades cooperativas de consumo, formando una sola inmensa sociedad de todos los géneros, y en la cual fuesen entrando poco á poco todos los ciudadanos del Estado.

—Escuche usted. La cifra de los ingresos de esta sociedad sería igual á la cifra total del consumo de Italia entera y semejante al de la producción. Ahora bien: cuando esta sociedad cooperativa gigantesca esté en condiciones de comprar todo el contingente de la producción anual de la nación, es evidente que será absolutamente dueña, no sólo del comercio, por supuesto, sino de todas las industrias productivas. Entonces podrá comprar, y las comprará. ¡He aquí cómo se resuelve fácilmente y de modo sencillo la gran cuestión que tanto preocupa al mundo!

Pero Luzzi, que no creía en la *gran cuestión*, hizo un gesto de indiferencia, como si no tomase en serio el proyecto de Moretti, ni todas las otras chácharas que estaba escuchando hacia una hora.

Entonces Moretti, con la imaginación siempre más encendida, esperó á Cambiari y le echó otra rociada:

—¿Quién sabe? La cuestión social, quizá, tendría una solución completamente diversa de la que los socialistas proponen, una solución surgida en el último Congreso de los Naturalistas de Berlín, donde se ha expresado el concepto de que por medio de

la electricidad es posible transformar la materia primera en alimentos. ¿No ha dicho el químico Meyer que se podrían convertir en comida las fibras leñosas, y otro, que se podía hacer una especie de pan con la piedra?

—Ciertamente — contestó Cambiari, —y sería una mina para nosotros que poseemos los Alpes y los Apeninos; pero dejó de repente á Moretti, oyendo á Geri el joven y á Alberto que discutían acremente en medio de las señoras.

—¿Y cree usted — decía Geri — que una masa de obreros ignorantes podría por sí sola llevar adelante las industrias?

—¿Y quién dice que habian de ser obreros ignorantes? Ahora ¿son acaso los capitalistas en general, los accionistas y dueños en suma los que hacen progresar y marchar normalmente las industrias más grandes? ¿No son tales obreros desde los primeros ingenieros hasta el último contramaestre y administrador? ¿Qué se mudaría con la supresión de los capitalistas, quedando en la sociedad el capital? ¿Cree usted que todas las inteligencias y la ciencia que ahora hace marchar el mundo, no aceptaría por necesidad el nuevo orden de cosas, conti-

nuando cada cual haciendo su parte correspondiente?

—No, jamás. Más bien que matarse, se dejarían matar. Nadie se plegaría jamás á vuestro despotismo.

La Luzzi le detuvo con las siguientes palabras:

—No, Sr. Geri, se convertirían mil cada vez, como siempre se ha visto: y todos probarían con documentos auténticos que habían sido siempre socialistas, desde la infancia.

Geri le lanzó una mirada como un latigazo, mientras que Alberto la miró con más viva simpatía.

Pero la discusión se volvió á emprender, agriándose, y cayó de pronto sobre la cuestión del derecho al trabajo.

—No tiene sentido común—gritó Geri.—¿Cómo habrá trabajo para todos, si ahora falta, y si suprimidos los ricos se llegará á una enorme disminución en el consumo?

—¿No tiene otros argumentos...? Pero si esa disminución será ampliamente compensada por el mayor consumo de la gran mayoría puesta en mejores condiciones; mayoría que ahora por la escasez de los salarios y por la falta de trabajo, consume apenas

lo estrictamente necesario, y aun muchos, menos de ello.

Geri levantó los ojos al cielo como para exclamar:—¡Qué disparate!—y continuó:

—Pero, ¿qué se hará entonces para mantener la producción á la altura de las nuevas necesidades que crecerán enormemente y en correspondencia con el aumento de la población, que será efecto del mejoramiento de la vida?

—¿Y hay necesidad de que yo lo explique? Pues se duplicará el producto de la tierra, en virtud del general cultivo racional, imposible ahora por el fraccionamiento de la propiedad: se desarrollará ampliamente la maquinaria, limitada ahora por el sobrante de la producción, por el bajo precio del trabajo humano y por la insuficiencia del capital particular, y habrá un mayor número de trabajadores, con la supresión de los parásitos, de los intermediarios ó mediadores ó agentes, y de los productores de cosas inútiles.

Y viendo á Geri que reía, añadió bruscamente:

—Pero, ¿cómo no lo comprende usted?

—¿Pero no comprende usted que está dando vueltas en un círculo vicioso?

—¡Usted le llama vicioso, porque no es capaz de salir de él!

En aquel momento, por fortuna, el doctor Geri cogió por un brazo á su hijo y le hizo observar que no era conveniente continuar aquella discusión con el Profesor, en presencia de su alumno, que estaba allí oyendo con ojos brillantes, lleno de complacencia maligna. Y al mismo tiempo, Alberto se sintió tirar de la levita por su mujer, que le conjuraba para que se tranquilizase.

Siguió una breve tregua, agitada, mientras la doméstica recogía la vajilla, y el caballero Bianchini notó con viva amargura que Geri, el Comendador y Alberto, en el acto de llevar el vaso á la boca, tenían la mano trémula: señal pésima.

Entre tanto, todas las señoras, menos la mujer del Ingeniero, habían pasado al salón, donde se comentaba en voz baja la discusión. La Sra. Paula y la madre y la mujer de Alberto estaban turbadas, teniendo todas el presentimiento de que iba á acabar aquello mal, y que alguna cosa muy triste para la familia iba á suceder en aquella noche.

Solamente la Srta. Ernesta callaba, pero

con la cara pensativa, con dos lágrimas en los pequeños ojos negros, dulces, que acusaban fermentación insólita de ideas en aquel cerebro. En el comedor volvieron á oírse voces precipitadas. Apareció la Sra. Cambiari en el salón riendo y exclamando:

—¡Ya han vuelto á empezar! ¡Oh, qué hombres! ¡Dicen palabras tan extravagantes!

E intentó, sin conseguirlo, decir «socialización de la tierra».

—No, no consigo decirlo, no lo diré.

—Pruebe usted un poco más—indicó la Sra. Luzzi.

Pero viendo que la Sra. Julia se inquietaba, la tranquilizó por el momento, añadiendo con la mayor ingenuidad:

—Yo creo que el Sr. Alberto discute por broma, por picar un poco á aquellos señores. Ya verá cómo al final lo declarará, y acabará todo con una carcajada.

Después, todos dijeron mil galanterías á la Luzzi por la gracia é ingenio que había demostrado en la conversación, y Cambiari, al entrar, añadió su elogio, y mientras los demás no escuchaban, le dijo bajo, con gravedad cómica y mirándola cara á cara:

—¿Es usted socialista?

—No sé—repuso la señora,—pero tengo mis ideas. Aunque no fuera por otra cosa más que porque el socialismo quiere fundar el matrimonio en el amor, en la dignidad humana, mientras que ahora no es más que un contrato mercantil...

—¿Usted quiere la libertad de la mujer?

—Ciertamente.

—¿Es usted quizás esclava ahora? ¿No es acaso la mujer la que impera?

—Las mujeres bellas; pero, ¿y las otras?

—¿Por qué se interesa usted por las otras?

La Luzzi respondió seria:

—Una galantería no es una razón.

Cambiari la miró fijamente y cruzó por su imaginación la sospecha de que aquel socialismo fuese harina de otro costal, donde se escondía algún designio sobre el hermoso socialista, en perjuicio del vicedirector de los Seguros. Pero al oír la voz del Comendador, que hablaba con acritud extraordinaria, volvieron á entrar todos precipitadamente en el comedor.

El orador hablaba (con los dos Geri y reía, fingiendo no mirar á Alberto) sobre la lucha del capital y del trabajo. No, por mucho que trabajasen con sociedades de

resistencia, con coaliciones internacionales y hasta diabólicas, el capital no sería jamás sojuzgado; aun á costa de que sucediese en todas partes lo que en Melbourne con ocasión de la inteligencia famosa entre los mineros de carbón, de los serenos del gas, los mozos de cuerda, cuando se unieron en una liga ingenieros, abogados, eclesiásticos, empleados, estudiantes, y habían trabajado en los talleres, improvisando la iluminación eléctrica, cargando y descargando buques. No; antes que sufrir la imposición del número, ya de obreros, ya de campesinos, se inventarían máquinas tras máquinas y se reduciría media Europa al ayuno, y se harían venir trabajadores, industriales y agricultores de la China, y se importarían negros de África.

—¡Y los monos!—gritó Alberto, no pudiendo ya contenerse.—Perezca el mundo, con tal de que se salvé el capital y dure la explotación.

El suegro se volvió rápidamente, como herido por aquella última palabra, que le era intolerable, y casi gritó:

—¡Eh! acabemos de una vez con esta palabra embustera, con la cual nos atormentais los oídos. ¿De qué explotación hablas?

¿De qué manera el capitalista explota á los obreros, si éstos pueden aceptar ó rechazar las condiciones que les propone? ¿Cómo puede el capitalista ser tirano, si el obrero es libre?

—¿Libre?—preguntó Alberto.—Y yo digo á mi vez: acabemos con esta palabra embustera de libertad. Quien no tiene nada, no es libre, porque no puede esperar y no se puede mover, y el capital puede esperar y puede moverse. No hay libertad real de contratación entre quien tiene necesidad de pan y quien puede rechazarlo.

—Entonces, no es libre ni siquiera el capitalista, porque está obligado por la concurrencia á dar lo menos posible: ¿lo entiendes?

—Lo mismo que lo entiende usted. Pero el mal está precisamente en la concurrencia, que el socialismo quiere suprimir.

—¡Ah! Se trata, pues, de una fuerza mayor que ha de sufrir el capitalista. Entonces, ¿por qué vienes á hablar de injusticias?

—La injusticia es igualmente patente, porque el capital pretende y se apropia una parte que no le pertenece.

—¿Qué parte?—preguntó el suegro mirándole cara á cara.

—¿Qué parte?—preguntaron á la vez los dos Geri.

—La cosa es clara: cuando el capitalista ha recogido de la ganancia los intereses del capital que empleó en la producción y readquirido todos los gastos y toda la cuota anual de amortización, y hasta una gran compensación por su trabajo personal (si es que lo prestó, y cuando lo preste), ¿con qué justicia se apropia el resto, en vez de repartirlo entre todos los trabajadores que han concurrido á la producción?

El Comendador y los dos Geri se miraron un momento con aire de estupefacción, y luego se echaron á reir.

—Esto es enorme—exclamó el primero:—pues se lo apropia, como premio al riesgo que ha corrido su capital. ¿Negarás, querido Profesor, que hay un gran número de industriales que se arruinan?

Alberto se estremeció por aquella burlesca entonación, pero su padre político no le dejó tiempo para responder, y prosiguió:

—Venga usted, Sr. Cambiari, que hace poco también le daba la razón: venga usted á explicar esta elementalísima verdad á su amigo.

Cambiari, con su sonrisa astuta, se

aproximó al grupo acariciándose la barba, y dijo con mucha placidez:

—En este punto, dispéñseme...; pero estoy más bien de acuerdo con mi amigo. El riesgo existe para estos ó los otros capitalistas, para Fulano ó para Zutano, pero no para la clase entera, en la cual permanecen de todas maneras todos los provechos; porque no estando los capitalistas coligados, sino en lucha entre sí, lo que pierden los unos, los otros lo ganan. ¿Me explico? Por lo tanto, si tales se arruinan, si el trabajo de aquellos asalariados no ha dado un producto remunerador, no se debe deducir, digo yo, que deba el trabajo afortunado de los otros obreros ser defraudado de una parte de la compensación que les correspondería, y que esta parte haya de acumularse, por el contrario, toda ella, en beneficio del capital.

—Ese es el argumento—exclamó Alberto.

Los tres adversarios miraron primero á Cambiari y después se miraron entre sí, como para decirse: éste quiere burlarse de nosotros.

—Pero estas son miserables cavilosidades de abogado—respondió el Comendador.

—Precisamente porque no están coligados entre sí los capitalistas, es lógico y justo que cada capitalista confie solamente en sí.—Después se encogió de hombros.—Pero yo soy muy ingenuo para responder. Usted no habla en serio, y yo no discuto más ni con quien carece de sinceridad, ni con quien carece de sentido moral.

Alberto se estremeció.

—Explíquese usted—exclamó con acento casi de mando á su suegro:—¿por qué yo carezco de sentido moral?

—¿Hay necesidad de que te lo explique? Pues es porque no comprendes, ni sientes, que no se podrán realizar tus ideas sin cometer una odiosa expoliación, sin violar el más sagrado de los derechos.

—¿Cuál es el más sagrado derecho? ¿Hay algún derecho superior al que tiene la sociedad de modificar su propia organización y manera de ser? ¿El estado moderno no se ha fundado, por ventura, sobre los derechos de la mayoría? ¿Quién se podrá oponer á la mayoría cuando quiera valerse de este su derecho indiscutible para la revisión del derecho de propiedad?

—No hay que alterar el sentido de las palabras, Sr. Profesor de literatura. No se

trataría de revisión, sino de un verdadero despojo de las clases propietarias.

—Vamos despacio...—insinuó Cambiari con rostro inocente.—No se trataría más que de rescatar... yo creo... Á los capitalistas expropiados se haría un pago á prorrata en forma de medios de usufructo para uso de su propiedad... por un tiempo determinado...

—¡Bufonadas!—exclamó el Comendador perdiendo la paciencia.—Llamad las cosas por su nombre y decid latrocinio.

—¿Latrocinio?—exclamó Alberto con toda la calma que le fué posible—Es latrocinio, es despojo, cuando se quita á un ciudadano lo que posee, faltando á la ley que le garantiza su propiedad. Pero cuando la ley se cambia, cuando lo que se expropia es en virtud de la ley misma, en nombre de un interés público, superior al privado, ¿dónde está el latrocinio?

—Pero, ¿con qué cara... te atreves á decirlo?... sería un latrocinio, tanto más odioso, porque sería hecho con las leyes y con la Guardia civil, y no habría defensa posible. Pero ¿*tu sentido moral* no te lo dice? ¿Con quién hablo entonces?

—Y yo me refiero á *su sentido moral*, á

su conciencia de ciudadano y de patriota. La historia de los últimos siglos, debe usted saberlo, ¿no es una historia de continuas expoliaciones hechas en nombre del bien público? La Monarquía ha despojado á los grandes señores feudales y la burguesía ha despojado á la aristocracia y al clero; Italia ha confiscado el patrimonio eclesiástico; América ha expropiado á los poseedores de esclavos, y nosotros estaríamos todavía ahora en la Edad Media si no se hubiera hecho todo esto.

—No barajar las cartas de esa manera. Aquí no se trata de una expropiación, tú lo sabes demasiado. Se trata de un despojo, de una expoliación. De un robo universal perpetrado para fundar un orden de cosas que nadie asegura que debe ser mejor que el presente, y que todo hace presagiar que ha de ser peor mil veces. Aquí se trata de robar todo, y robar á todos.

—No, no robar, sino volver á tomar. No á todos, sino á una ínfima minoría, á una pequeña casta que sin el pueblo no puede subsistir, y de la cual el pueblo no tiene ya necesidad y puede prescindir de ella.

—No, no digas tonterías. No es una casta, puesto que todos pueden pertenecer á ella.

—No pueden entrar en esa categoría sino el uno por mil, y entre tanto esta casta explota y oprime á la otra, á todos aquellos que están fuera de su círculo.

El suegro hizo un visible esfuerzo para contenerse y se pasó una mano por la frente, y buscando al mismo tiempo una idea, una frase, que truncase la discusión de un modo decoroso para él, sin ser demasiado grave la provocación; y en aquel momento, entre el murmullo vivaz de todos, el caballero Bianchini decía en voz baja á los más próximos, sobreexcitado:

—Alberto, deja estar... deja estar... También el Comendador es un poco duro... es demasiado duro, habla con un tono... y al fin, ¿qué es lo que cree él? Pero... Alberto, deja estar, deja estar!

Sin darse cuenta de ello, deseaba á la vez que su hijo, por honor del nombre, quedase encima, pero sin que la discusión fuese más allá; y se echó á temblar cuando vió que el Comendador se movía para marcharse sin contestar una palabra, con aire despreciativo.

Pero al llegar á un paso de la puerta, el Comendador se detuvo, y volviéndose hacia Alberto, le dijo con una tranquilidad si-

mulada de voz que desmentía claramente la alteración de las palabras:

—Oiga el señor profesor: el modo de reñacer la sociedad no lo han encontrado todavía, ni siquiera los socialistas. Si lo hubieran encontrado, serían ya dueños del mundo, porque los interesados en creerlos y en seguirlos son la mayoría. Si no consiguen arrastrar á éstos consigo, es porque no pueden persuadirlos de sus ideas. Y no sólo la mayoría no está persuadida, sino que no llegan ni siquiera con el pensamiento hasta ellos. El pueblo no se moverá jamás, por una doctrina que no entiende.

—No la entiende ahora por el momento— replicó Alberto,—no porque no sea clara y lógica, sino porque el pueblo es ignorante, pero la ignorancia va disminuyéndose, y la comprenderá dentro de poco, cuando vaya comprendiendo que querer es poder, y que querer y vencer serán entonces para él una sola y misma cosa.

El suegro se contuvo.

—¡Oh, eso lo veremos!—dijo preparándose de nuevo para salir.—Probad, intentadlo. La sociedad es más fuerte que vuestras cabezas, y os las romperéis como contra un muro de granito.

—Así se decía también antes de la Revolución francesa.

El Comendador volvió atrás repentinamente.

—La comparación es insensata. La organización actual es muy distinta y mucho más fuerte que el Gobierno francés de 1789, y la empresa del socialismo es completamente distinta también, porque quiere tirar patas arriba el edificio desde sus cimientos. La propiedad asaltada será todavía la fuerza más grande del mundo. Tendréis una Vendée, que os exterminará como á un montón de insectos.

—Tengo mis dudas. La burguesía está dividida, es escéptica y sin fibra. Y además, mirad el ejército de vuestros futuros héroes, disminuye de día en día, porque en todos los campos de la propiedad, los peces gordos se van comiendo á los chicos, y éstos, como es natural, se pasan al campo enemigo. Ya hoy todas las capas inferiores de la burguesía no tienen nada que perder, y abandonan á los suyos.

—¡Oh, bastará para defenderse por sí misma llevar un fusil en una mano y una moneda en la otra!

—Será demasiado tarde para ofrecer la moneda.

—Entonces os matarán sin ofrecéroslo.

—Cá, no osarán siquiera defenderse tras de las barricadas de su casa.

A aquellas palabras, siguió un repentino cambio en el rostro del viejo. Miró al joven con expresión de viva curiosidad; después se le acercó y le preguntó con acento de cómica conmiseración:

—¿Pero quién te ha metido en éso? ¿Con quién practicas? ¿Quién te ha pegado esa peste?

—El socialismo no es una peste—replicó Alberto desdeñosamente;—es, por el contrario, la curación de una peste, de la peste del egoísmo que nos ciega y nos hincha á todos. Nadie me ha metido en esto, no he tenido necesidad de instigadores para llegar á ser una persona decente.

Esta última frase fué como un puñetazo dado en el pecho del Comendador, el cual echó un paso atrás, livido, y después exclamó balbuciente y con rabia:

—¡Ah! ¿Conque te has convertido en una persona decente?... Esto querrá decir que el socialismo es la curación... yo te lo diré... yo te lo diré. El socialismo es... la enferme-

dad de los cerebros desequilibrados, es la máscara de la ambición malsana, en vosotros, y para los demás, ¿sabes lo que es? es el horror al trabajo, el frenesi de la envidia, el odio á toda superioridad, el furor por y para gozar sensualmente. Es el desencadenamiento de todas las más bajas pasiones y de todos los más terribles instintos, que tiende á suprimir la responsabilidad personal y á cambiar todo deber, á honrar el vicio y justificar el delito. Eso es el socialismo: ¡y ahora, he concluído!

Mientras él hablaba, todos se acercaron á su alrededor para aquietarlo, procurando cogerlo por las manos ó por los faldones, de modo que en el momento de responderle Alberto, se encontró solo en medio de la sala como si combatiere contra todos; y así, derecho, resuelto, con aquella cabeza rubia, que parecía de oro, con la frente alta, encendida, espléndida, estaba artísticamente hermoso. Pero cuando todos esperaban una respuesta fulminante, permanecieron estupefactos al verle los ojos húmedos y al oír su voz endulzada de repente y casi suplicante.

—¿Pero cómo es posible?—dijo con profunda emoción, golpeándose la frente con

la punta de los dedos.—No lo comprendo. ¿Por qué se enfurecen todos de este modo cuando se expresa la fe en una mejora para el mundo? ¿No comprendéis que aun cuando la idea fuese errónea, la pasión por ella es noble y santa? ¿Cómo vuestro corazón no os dice nada? ¿Cómo no sentís al menos un poco de piedad? ¿Qué significa esa ira implacable contra quien busca el bien y defiende á los débiles y quiere disminuir la miseria, el dolor, el odio y los delitos? ¿Jamás os sale del alma un grito generoso? ¡Ah! ¿Por qué bautizais vuestros hijos en nombre de Cristo?

En aquel momento, su hermana se separó del grupo de los oyentes y se colgó á su cuello de un salto.

—¡Bravo!—exclamó la Luzzi, viéndola.

Pero la madre retiró á la muchacha hacia atrás, y le dijo en voz baja y mirándola á la cara:

—¡Ridícula!

El Comendador, irritado más todavía por aquel acto, enjugándose la frente con el pañuelo, como después de un asalto de esgrima, respondió á Alberto:

—Si crees cambiar el mundo con trovos y tiradas sentimentales...

Y acabó derramando toda su compasión con esta palabra final:

—¡Poeta!...

—Levanto acta de la palabra injuriosa— insinuó Alberto con amarga sonrisa; —pero si no salvamos el mundo nosotros con el sentimiento, vosotros lo conducís á la ruina con vuestra obstinación, con vuestra negación eterna, con vuestro incurable egoísmo de clase...

—Sois vosotros los que lo conducís á la ruina—contestó el suegro, volviendo á presentar su rostro hoso.—Vosotros, con el trabajo infernal que hacéis entre las clases menesterosas para hacerlas tanto más descontentas, cuanto más se esfuerza la sociedad por mejorar su estado: vosotros, que pervertís el pueblo, embriagándolo y destilando en su sangre veneno. Vosotros, las sierpes que nosotros caldeamos en nuestro seno.

—Y creedlo, sin embargo—respondió Alberto,—hacéis mal; dando la razón á los violentos, según los cuales, no se puede obtener nada más que con la fuerza, convertís en violentos hasta á los más templados. Estáis provocando la fuerza; pues bien: sufriréis sus consecuencias.

—¿También amenazas? ¡No faltaba más!

Pero, por fortuna, señor yerno, todavía no se ha concluido la pólvora ni el plomo.

—No siempre dispondréis de ambas cosas.

—Ese es un pensamiento loco.

—El de usted, sanguinario é inhumano.

Todos se interpusieron; pero el Comendador, fuera de sí, se separó de todos, y lanzándose sobre Alberto, y plantándose frente á frente de él, convulso, gritó con una risa estridente de desprecio:

—¡Ah, pobre mentecato!

—No, no, papá—gritó la Sra. Julia casi llorando y poniéndole una mano en la boca.

Alberto permaneció mudo, inmóvil, blanco.

El suegro se marchó con paso precipitado é impetuoso, en medio de un gran desorden, de un murmullo de exclamaciones, de ruegos, de recomendaciones y de comentarios. Y un momento después, aprovechando la confusión, que duraba todavía, se fué también Alberto, seguido del muchacho, asustado, y de la mujer, temblando, sin mirar á su padre que le llamaba, bajando la cabeza con gesto de naufrago, entre la conmiseración general de los invitados.